

HACIA UNA VIDA CONTEMPLATIVA

Predica II

Aunque ahora somos hijos de Dios, y tenemos el espíritu regenerado por el Espíritu Santo, nos damos cuenta que nuestro viejo hombre sigue activo. Vamos a considerar esta temática desde dos puntos de vista dados por el Apóstol Pablo:

Dice Romanos 6:6 ***“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”***.

Este pasaje nos muestra que ya fuimos crucificados juntamente con Él en un sentido jurídico. No debemos mal interpretar el pasaje creyendo que “literalmente” cada uno de nosotros fue crucificado con Cristo hace dos mil años; más bien lo que debemos entender es que toda nuestra naturaleza caída, junto con las experiencias que hemos acumulado en nuestra vida (que son los elementos que forman el viejo hombre) es digno del juicio de Dios. Esto lo entendemos más claramente al leer en el contexto del verso anterior: ***“sabiendo que Cristo, habiendo sido resucitado de entre los muertos, ya no muere: la Muerte no se enseñorea más de Él. Porque en cuanto a que murió, al pecado murió una vez por todas, pero en cuanto a que vive, para Dios vive. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús”*** (Romanos 6:9-11). En lo que respecta al juicio y a la justicia de Dios, ya todo quedó solventado de una vez por todas por medio del sacrificio sustitutivo de Cristo Jesús. Las demás cosas que Dios va a solventar con nosotros serán de carácter doméstico, no judicial.

Cuando nosotros aceptamos a Cristo, el Espíritu Vivificante llegó a nuestro espíritu; éste fue tocado, y por ende, se alumbraron ciertas áreas de nuestra alma; esto hizo posible que nosotros recobráramos la conciencia en cuanto al pecado. Según la Biblia, desde el momento en que nosotros recibimos al Señor, venimos a ser una nueva criatura, sólo que somos un nuevo ser a la manera del pollo cuando aún es un huevo. Los pollitos se desarrollan dentro del huevo pero llega el momento en que rompen el cascarón y salen al mundo; más o menos esto es lo que nos pasa a nosotros al momento que creemos en el Señor. Cuando el Señor viene a nuestras vidas, Él vive en lo profundo de nuestro ser, en nuestro espíritu, pero lo que Él desea es quebrar el cascarón de nuestro viejo hombre para poder vivir libremente. Obviamente, esto es un proceso, no es algo que sucede de manera instantánea.

Definitivamente, suceden muchas cosas cuando nosotros recibimos a Cristo porque somos seres conformados por espíritu, alma y cuerpo. Una parte de nuestro ser se emociona al percibir a Cristo viviendo en el interior, de modo que la carga emocional nos envuelve y sentimos que nuestra vida ha dado un giro total. De pronto nos pasan las de los niños cuando tienen un juguete nuevo, lo exhiben a todo mundo y no lo prestan. Eso nos sucede a nosotros con todas las cosas nuevas que vienen a nuestra vida, nos emocionamos, nos sentimos realizados unos días, pero las emociones son pasajeras. Recordemos que Cristo no sólo vino a cambiar nuestra vida interior, sino que también cambió nuestro exterior; conocimos a nuevas personas, iniciamos la lectura bíblica, empezamos a asistir a reuniones de Iglesia, en fin, junto con creer en Cristo, y su obra interior, hubo una serie de cosas novedosas a nuestro alrededor.

Lo que no nos damos cuenta es que el nuevo entorno que tenemos al venir al Señor no necesariamente cambia las intenciones y la naturaleza de nuestro viejo hombre, éste sigue siendo el mismo de antes. Antes en el mundo estudiábamos para ser los mejores de la Universidad, ahora estudiamos la Biblia para ser los mejores de la Iglesia. Otros cuando eran incrédulos deseaban ser cantantes y no lo lograron, pero se dan cuenta que ahora en Cristo pueden encontrar su realización cantando en la Iglesia. ¿Qué es lo que cambió? Pues, no mucho, la mayoría de cambios fueron el resultado de un alma que se emociona con lo novedoso, pero que de igual forma lo puede abandonar de un día para otro.

Nos ha llegado el tiempo de concatenar la Biblia con la experiencia, no es posible que leamos un libro ajeno a nuestra realidad; tenemos que hacer una corrección entre la doctrina y nuestra experiencia. Si usted recuerda al apóstol Pedro, se dará cuenta que él siguió siendo el mismo aunque caminó con el Señor tres años y medio. El mismo día en que el Señor iba a ser llevado a la cruz, Pedro sacó su espada y le cortó la oreja a un hombre; ¡Ah! qué apóstol tan iracundo. ¿Acaso Pedro no había sido discipulado por el Señor? Esto sólo es una muestra que los cambios en el Señor no se dan por arte de magia, no surgen de la noche a la mañana, no son instantáneos. Es más, todos los discípulos siguieron iguales, no cambiaron; Judas siguió siendo el mismo ladrón de siempre, y los demás de ellos, todos abandonaron al Señor.

Hemos mal entendido lo que es ser nuevas criaturas en Cristo; nacer de nuevo no significa que ya no tenemos un viejo hombre. Esta es la frustración de muchos hermanos, creen que al aceptar a Cristo su viejo hombre que los arrastraba al pecado ya no estará más; y se frustran cuando se dan cuenta que de pronto de la tumba se empieza a levantar el viejo hombre. Ellos creían que éste ya estaba muerto, pero de pronto lo ven que se levanta, que acciona, y es más, se dan cuenta que no lo pueden controlar.

Hay hermanos que creen que su doctrina es infalible, y cuando ven a hermanos atados por vicios (como el alcohol), lo que dicen es: *“Quizás esta persona no aceptó de verdad al Señor, porque todo aquel que es Hijo de Dios, tiene que dejar de ser alcohólico”*. No seamos tan crueles, no juzguemos a los demás de esa manera, reconozcamos que aunque nuestro caso no sea la atadura del alcoholismo, sabemos que estamos dominados por el viejo hombre en otras áreas de nuestra vida. No hemos sufrido una transformación genuina en nuestra vida, en mucho solo somos el resultado de la cultura en la que crecimos, o la presión que ejerció en nuestras vidas el círculo social que nos rodeó. Para algunos es fácil hablar en mal y juzgar a los drogadictos porque a ellos sus padres los cuidaron tanto, que ni siquiera les dieron dulces para que no corrieran el riesgo de que se les trabaran en la garganta. Eso no es tener victoria sobre el alcohol, o las drogas, eso es el resultado de haber sido bien educados. No confundamos la buena educación con la santidad que resulta de una verdadera transformación.

Nosotros no hemos sido transformados porque hemos creído a una falsa doctrina. Hemos cometido el error de creer que nos eliminaron el viejo hombre en la muerte de Cristo. Desconocemos la terminología que usó el apóstol Pablo al referirse a ***que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo***. Si nosotros decimos que nos crucificaron juntamente con Cristo hace dos mil años, estamos asumiendo que somos seres pre-existenciales, que estuvimos presentes en el escenario del Gólgota; pero no podemos imaginar este tipo de cosas sólo para darle una explicación a nuestra doctrina. Lo que debemos entender de este verso de *Romanos 6:6* es que el Señor Jesús hace dos mil años aceptó pagar con precio de sangre todos nuestros pecados (tanto los que ya cometimos como los que no hemos cometido). El acto del calvario fue una solución jurídica, legal; ninguno de nosotros morimos “físicamente” con Cristo, y la razón es lógica, ni siquiera existíamos en ese tiempo. Cuando el apóstol Pablo dijo que fuimos crucificados juntamente con Cristo, él estaba pensando de una manera jurídica, no literal. La explicación más sencilla a este verso pudiera ser: Nosotros merecíamos morir, pero Cristo murió substitutivamente por nosotros, bajo ese sentido podemos decir que fuimos crucificados con Él, porque Él pagó el precio por nuestros pecados.

El viejo hombre es lo que heredamos de Adán más las experiencias que acumulamos a lo largo de nuestra vida. ¿Está eso vigente en nosotros? Por supuesto. Al venir a Cristo nuestro pasado fue cancelado en cuanto al aspecto de una deuda eterna, es decir, ya no debemos pagar nada por ser libres de la esclavitud de la muerte y del pecado. Ahora bien, una cosa es el decreto legal que existe de parte de Dios para darle solución al viejo hombre, pero cosa muy aparte es la realidad y la experiencia que nosotros tenemos con el hombre viejo. Es imposible obviar nuestras reacciones, nuestras fobias, nuestras actitudes, nuestras debilidades, etc. de las cuales ni nosotros sabemos porqué las tenemos; ante tal experiencia, ¿Cómo podemos decir que el viejo hombre fue crucificado con Cristo, y que éste ya no existe?

La experiencia de Cristo en nosotros es como cuando se siembra una semilla, esta no germina de la noche a la mañana, y mucho menos se obtienen frutos de ella al día siguiente de haberla sembrado; sabemos que es un proceso. El apóstol Pablo nos quiere enseñar a lidiar con el viejo hombre, y que comprendamos cuál es el proceso para que obtengamos victoria sobre él.

La vieja naturaleza que tenemos se reinventa constantemente; nosotros somos como una computadora, la cual está llena de programas, los cuales a su vez se están actualizando constantemente. Así es el viejo hombre, se reinventa, se actualiza, se disfraza, y en nuestro caso, hasta se vuelve religioso, razón por la cual nos cuesta trabajo identificarlo. De manera innata todos los seres humanos siempre buscamos aceptación dentro del grupo social al que pertenecemos, de modo que al convertirnos al Señor, procuramos ser aceptados en nuestro nuevo círculo de vida. A raíz de esta tendencia de nuestro viejo hombre, de repente actuamos como cristianos, les servimos a los demás, buscamos predicar, cantamos, oramos, y sobre todo procuramos aquellos carismas con los cuales nos podamos ganar el aprecio de los demás. El viejo hombre se adapta a la novedad que ha llegado a nuestra vida, en realidad él no cambia, sólo se adapta al nuevo entorno, y tranquilamente sigue siendo el mismo. El que antes deseaba ser el más sobresaliente de todos sus “amigotes” mundanos, ahora quiere ser el más sobresaliente en la Iglesia, ¿Qué cambió? ¡Nada!, el viejo hombre sólo tuvo una actualización; antes pertenecía a la barra del equipo de fútbol, ahora pertenece a un grupo religioso. Lo tremendo de esto es que hay muchos que creen que han sido transformados porque ahora hacen cosas diferentes, es más, hasta predicar; a esas alturas ellos creen que su hombre viejo fue historia, lo que no se dan cuenta es que siguen siendo iguales, lo único que les ha acontecido es que su hombre viejo predica. ¡Cuán lejos están de tener victoria sobre el viejo hombre!

Hermanos, recibir a Cristo Jesús como nuestro Salvador no es sinónimo de tener victoria sobre el viejo hombre, ese acto de fe sólo nos da la llave y el elemento divino que necesitamos para poder reducirlo a la impotencia.

El apóstol Pablo dice en *Efesios 4:17* **“Esto digo, pues, y afirmo juntamente con el Señor: que ya no andéis así como andan también los gentiles, en la vanidad de su mente, v: 18 entenebrecidos en su entendimiento, excluidos de la vida de Dios por causa de la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su corazón; v:19 y ellos, habiendo llegado a ser insensibles, se entregaron a la sensualidad para cometer con avidez toda clase de impurezas. v:20 Pero vosotros no habéis aprendido a Cristo de esta manera, v:21 si en verdad lo oísteis y habéis sido enseñados en Él, conforme a la verdad que hay en Jesús, v: 22 que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos”**. El apóstol claramente nos dice que nos despojemos del viejo hombre, esto quiere decir que no es un elemento que ha desaparecido. Si queremos identificar nuestro viejo hombre, estos versos nos dan luz para que miremos las características generales que éste tiene. Para empezar, en el v:17 Pablo nos dice que el viejo hombre camina en la ruta de los gentiles, y nos dice enfáticamente que nosotros podemos ser hijos de Dios pero a la vez seguir caminando el camino de los gentiles. ¡Ah!, entonces el viejo hombre no murió hace dos mil años, sigue vivo, es la manera de vivir de los gentiles, y también la nuestra, sólo que en nuestro caso como hijos de Dios, ahora ha mutado a la religiosidad. Debemos identificar nuestro viejo hombre, y no debemos ignorar que está activo.

En este pasaje el apóstol Pablo también nos muestra la manera operativa del viejo hombre. Cuando nosotros pensamos en el viejo hombre, de manera normal lo asociamos con alguien sucio, depravado, soberbio, lujurioso, etc. el error que cometemos es que sólo logramos ver los frutos, no el árbol que genera esos frutos. Hay creyentes que luchan por no seguir siendo borrachos, lo que no se dan cuenta es que eso sólo es un fruto del árbol, más bien deberían procurar arrancar el árbol. ¿Ha visto cuántos cientos de mangos produce un árbol de mango? ¿Que logramos con quitarle un mango? ¡Nada!, le quedan todavía cientos de ellos. Así es nuestro viejo hombre, no lo solucionamos con arrancarle un pecado, lo que necesitamos es vencerlo desde la raíz.

El origen del viejo hombre no lo encontramos en las acciones, sino en la mente. Pablo nos acaba de decir que ya no andemos **como andan también los gentiles, en la vanidad de su mente, entenebrecidos en su entendimiento, excluidos de la vida de Dios**. La esencialidad del viejo hombre cuesta identificarla, todavía más, cuando nuestro círculo de acción está entre gente altamente religiosa. Hay muchos creyentes que se esfuerzan por vencer ciertas áreas de su vida para que la gente no hable en mal de ellos, no se dan cuenta que la fuente de esos cambios sigue siendo su viejo hombre. Es por eso que hay creyentes “sobrios”, “no alcohólicos”, pero orgullosos, prepotentes que siempre están por encima de los demás. El apóstol Pablo no se dirige a los pecados como la raíz del viejo hombre, sino a ciertas cosas que veremos a continuación.

LA VANIDAD DE LA MENTE: La raíz del viejo hombre es la vanidad de la mente; él vive en una mente sumergida en las cosas de este mundo, una mente que no puede aquietarse, que sólo funciona para lo trivial, para aquello que no tiene fruto ni valor. Tal vez nosotros no tenemos problemas con el alcohol, pero ¿Acaso no tenemos problemas con nuestra mente? ¿Por qué nos cuesta poner atención en las capacitaciones? ¿Por qué no entendemos lo que nos enseñan? ¿Por qué nos desesperamos si no revisamos el celular durante las reuniones? ¿Por qué no nos podemos concentrar? ¡Ahora sí vamos llegando al meollo del asunto! Es que un rasgo genuino del viejo hombre es una mente dada a la vanidad, una mente incontrolable. Hay creyentes que no pueden callarse ni un minuto, y cuando se callan exteriormente, en su mente tienen metrallas de pensamientos; tal vez no sean pensamientos depravados, pero igualmente son incapaces de contener los versículos de la Biblia que pululan en sus mentes.

UN ENTENDIMIENTO ENTENEBRECIDO: Esta es una mente que no es capaz de recibir, ni procesar las cosas del Espíritu. No debemos aplaudirle a aquellos hermanos que después de las reuniones, “sinceramente” dicen: “*Yo no entendí nada del mensaje*”. Otro síntoma del viejo hombre, precisamente, es la torpeza para asimilar las cosas de Dios. La cultura y la falta de conocimiento académico no son excusa para ser ignorante de las cosas que atañen a Dios. La mayoría de los apóstoles del Señor eran hombres del vulgo, hombres no letrados, sin embargo, tuvieron una gran revelación del Reino de Dios, y la gente se maravillaba cuando los escuchaban hablar.

VIVEN AJENOS A LA VIDA DE DIOS: Esta es una mente no entrenada para ser sierva. Una mente ajena a la Vida de Dios es aquella que no le da lugar al espíritu para estar en la dimensión de la luz.

Todo hijo de Dios debería ser capaz de capturar la luz divina y convertirla en palabras. Dice *1 Corintios 2:7* **“sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria; v:8 la sabiduría que ninguno de los gobernantes de este siglo ha entendido, porque si la hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de gloria; v:9 sino como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oído, Ni han entrado al corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. v:10 Pero Dios nos las reveló por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. v:11 Porque entre los hombres, ¿quién conoce los pensamientos de un hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensamientos de Dios, sino el Espíritu de Dios. v:12 Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente, v:13 de lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, combinando pensamientos espirituales con palabras espirituales”**. Nuestra mente debería estar entrenada para captar la luz de Dios (pensamientos espirituales) y convertirlos en palabras inteligibles, tanto para nosotros mismos como para los demás. Lo que deberíamos experimentar de manera normal es como lo que sucede en una presa hidroeléctrica; a través de ella fluyen corrientes de agua, las cuales a su vez mueven unas turbinas que accionan los generadores eléctricos, y luego esa electricidad llega a las casas de la comunidad. Tal capacidad deberíamos tener nosotros los hijos de Dios, tendríamos que ser capaces de capturar los impulsos del Espíritu y convertirlos en

palabras espirituales. Si esta no es nuestra experiencia es porque le hemos dado cabida al viejo hombre.

Dice el apóstol Pablo en *Efesios 4:20* **“Pero vosotros no habéis aprendido a Cristo de esta manera, v:21 si en verdad lo oísteis y habéis sido enseñados en Él, conforme a la verdad que hay en Jesús”**. Este aprendizaje del que nos habla este verso no se refiere a entender una doctrina propiamente, sino a la verdad subjetiva que obtenemos al permanecer delante del Señor. En otras palabras, no es una verdad que aprendemos oyendo acerca de Él, sino es una verdad que aprendemos por estar con Él. Lo que el apóstol Pablo nos está diciendo es que corriamos nuestra manera de vivir; por años vivimos conforme al viejo hombre, en la vanidad de la mente, con un entendimiento entenebrecido y alejados de la Vida de Dios; ahora que tenemos a Cristo debemos aprender algo diferente, debemos aprender directamente de Él.